

Un Padre Verdadero

Un Extracto del Artículo:
¿Cuándo Nos Daremos Por Vencidos?

por

Paul W. Trotzke

Hace unos años hubo un devastador terremoto en Armenia. Este “acto de Dios” como lo llamaron aquellos que quisieron echarle la culpa a Él, tardó pocos minutos. Pero en este tiempesito murieron 30,000 personas. En medio de tal devastación, un padre, habiendo dejado a su esposa segura en la casa, fue a toda velocidad a la escuela donde en la mañana había dejado a su hijo. Encontró el edificio hecho un montón de escombros.

Después de la conmoción inicial que sufrió, el hombre se acordó de la promesa con que siempre se despedía de su hijo: “Pase lo que pase, siempre vendré por ti”. No pudo detener sus lágrimas mientras observaba el montón de ladrillo, piedra y madera debajo del cual su hijito estaba enterrado.

Hizo el esfuerzo de recordar el lugar donde había estado el aula de su hijo. Después de un rato, halló lo que creía era la clase de su niño y, teniendo presente la promesa con que se había despedido a su hijo, comenzó a excavar entre las ruinas, quitando piedra por piedra del gran montón. Otros padres se presentaron y contemplaban la escena trágica. No pudieron entender el esfuerzo que aquel padre estaba haciendo moviendo con sus manos, piedra por piedra, la montaña de escombros. Según ellos ya era demasiado tarde. No valía la pena trabajar ya que seguramente todos los niños estaban muertos. ¡Para qué sacrificarse en tan inútil esfuerzo! Mejor conformarse, consolarse e irse a casa. A cada persona que le habló, el padre le preguntó: “¿No me vas a ayudar?” Y siempre siguió la excavación.

Llegó el jefe de los bomberos, y le ordenó a retirarse porque él mismo se estaba exponiendo a gran peligro. En cualquier momento podría ocurrir una explosión o un incendio, pero el fiel y noble padre solamente le respondió: “¿No me vas a ayudar?”

Llegó la policía. Ellos intentaron persuadirle a desistir e irse a casa mientras llegara una cuadrilla a mover con palas y tractores el montón de escombros. Les hizo la misma pregunta: “¿Ustedes no me van a ayudar?” y siguió frenéticamente su trabajo.

Pasaron las horas, horas infructíferas, aparentemente malgastadas – 12 horas – 24 horas – 36 horas y, por fin, 38 horas. Al levantar otra gran piedra, oyó una vocecita. Era la de su hijo. Con toda la fuerza de sus pulmones, gritó el nombre de su hijo: “¡Armando!” La vocecita contestó: “Papaíto. Soy yo. Aquí estoy. Supe que usted vendría. Siempre les dije a los



muchachos que no tuviéramos miedo porque sabía que si usted estuviera vivo, vendría a rescatarnos. Me acordé de su promesa: ‘Pase lo que pase, siempre vengo por ti’ y usted como en toda la vida, guardó su promesa”.

Catorce niños de los treintitrés que se encontraban en el aula estaban vivos. Estaban muy asustados, tenían mucha hambre y sed. ¡Qué exclamaciones de júbilo hubo por un noble padre que había cumplido su promesa! Al principio del terremoto, las vigas del techo cayeron de tal forma que formaron un refugio seguro para los niños durante el resto del terremoto.

Traducido de *Missionary Herald*

He aquí el cuadro de un verdadero padre, que no se dio por vencido a pesar de los angustiosos e interminables trabajos por su hijito.

¡Felicidades, Padres! Dios les bendiga en este Día del Padre y durante todo el año por sus nobles esfuerzos por su familia.